



Nos indigna la mitificación de un paisaje sin hombres, las falsificaciones históricas, la teoría y la práctica de un estilo que niega tanto la complejidad como la fuerza. (En la foto: Camino de San Saturio, junto a Sorlia.)

EL 98

LA TRADICION LIBERAL BURGUESA

Crece uno fuera de España y los escritores del 98 llegan a ser símbolo de una regeneración frustrada, pero siempre posible. Se trata de una vivencia cultivada cotidianamente en el exilio:

CARLOS BLANCO AGUINAGA

el despacho de una escuela lo preside la foto de Antonio Machado; se le acusa a un alumno de irresponsable, porque ha pasado la tarde jugando al fútbol y no se sabe la lección de latín o de griego, lenguas sin cuyo conocimiento no hubiera sido posible la profunda sabiduría de don Miguel de Unamuno; en un acto público de homenaje a alguien o a algo se

entera el adolescente de la importancia de la rebeldía crítica de Baroja; se declara a España paisaje deseado en la lectura en voz alta de unas páginas de Azorín; y Valle-Inclán, de físico insignificante,

crece y crece en anécdotas de aventuras americanas, de política de la dictablanda, de mal genio. Tras la ruptura que significa la guerra se establece así, de generación en generación, una continuidad cultural cuyo signo es la siempre posible «regeneración» de España.

Viene después la lectura directa y, en efecto, se comprueba que hasta el 98 no

se daba en España desde el siglo XVII una generación de escritores tan densa, tan original, tan renovadora. Tampoco puede dudarse que los del 98, con toda su originalidad, son una generación de transición que recoge críticamente la cultura del Siglo de Oro, los intentos regeneradores del XVIII y el impulso renovador de Larra, del Ateneo de Madrid, del krausismo, de Galdós, de la Institución Libre de Enseñanza; todo lo cual desemboca en la generación de Ortega y en la obra de los del 27, quienes gracias en gran parte a la generación del 98 no nacen en el vacío cultural, sino que se encuentran con un fundamento, una herencia, una tradición liberadora en que apoyarse y contra la cual, al ser necesario, tendrá sentido histórico rebelarse.

En este momento de la posguerra —nos acercamos y entramos a los años cincuenta— empiezan a reencontrarse, no sin conflicto, la España de fuera y una España de dentro. A partir del libro de Laín Entralgo, pongamos por ejemplo, queda claro que una España de posguerra va a intentar «recuperar» a los del 98, porque en la posibilidad de esa recuperación se juega nada menos que el estar o no estar en la historia real de la cultura española moderna. Soterradamente se inicia así una lucha ambigua y sorda entre bandos renovados de las llamadas «dos Españas», y la importancia, el valor, la relevancia histórica de los del 98 no acaba de resultar tan clara dentro como fuera de España —debido en parte a la fuerza de quienes rechazan a la generación conflictiva y, en parte, a la posición ambigua de quienes la defienden (ambigüedad derivada de que algunos de los nuevos defensores vienen de una Falange que anteriormente había intentado arrimar el irracionalismo del 98 a su fascismo)—. Tendrá que correr mucho tiempo para pasar de las visitas a don Pío al intento de homenaje a Unamuno, al parador que lleva el nombre de Machado y a las actuales representaciones de Valle-Inclán.

De todos modos, llega un momento en que, tanto fuera de España como dentro, fuera con cierta acrítica nostalgia, dentro entre rebeldes callados, castizos y «liberales» selectos, los del 98 empiezan a ser los intocables. Del reconocimiento



Para cuando llega la guerra —con la posible excepción de Machado—, los del 98 han cumplido ya con su papel histórico; papel que fue de contradictoria vanguardia de una burguesía ascendente, sin la existencia de la cual no habría «problema de España».

EL 98



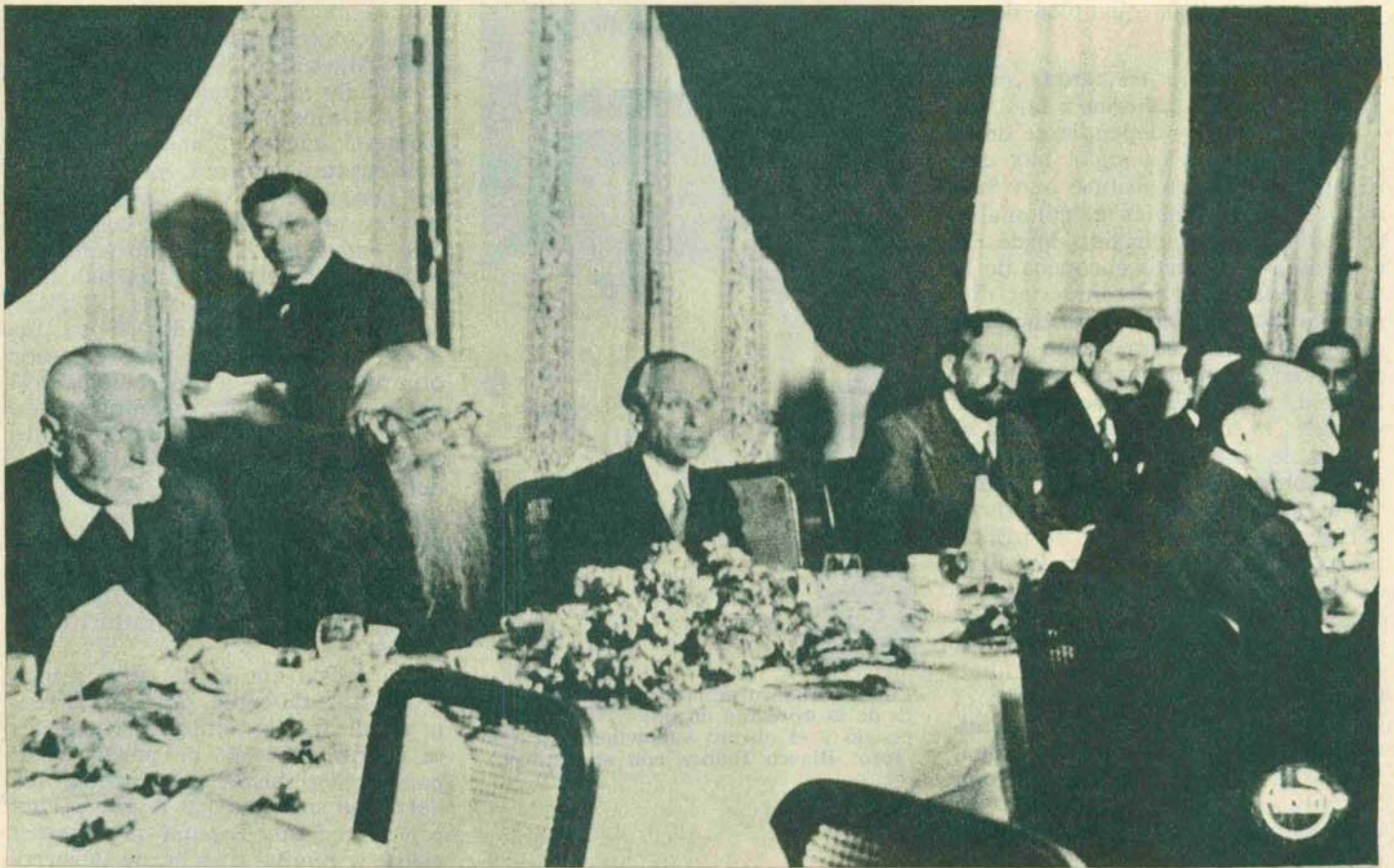
Unamuno en sus años juveniles fue marxista, llegando a militar en el partido socialista, y dedicó todos sus esfuerzos durante varios años a escribir para «La lucha de clases», de Bilbao.

de su importancia histórica y de la realidad de algunos de sus talentos pasamos a la casi beata admiración que no tolera ninguna actitud crítica.

PERO esto viene con nuevos tiempos, por los que andan su camino nuevas gentes, y no resultan ya tan claras, sobre todo en su versión actual, las diferencias entre las «dos Españas» de que tanto se ha hablado y escrito; se empieza a reconsiderar, además, la relación entre cultura y la historia de las clases y castas que la cultura refleja.

Releemos entonces **Castilla**, de Azorín, y se nos cae de las manos. O, mejor aún, nos indignan la mitificación de un paisaje sin hombres, las falsificaciones históricas, la teoría y la práctica de un estilo que niega tanto la complejidad como la fuerza. **Del sentimiento trágico de la vida**, a pesar de sus momentos brillantes, nos parece, por lo menos, excesivo, farragoso, egoísta, limitado, marginal; vana expresión del subjetivismo que Sartre analiza magistralmente en la **Crítica de la razón dialéctica**. No pocas novelas de Baroja nos parecen malas novelas, estructuralmente y en su ideología escéptica de baratillo. ¿Es posible que en la época de Conrad y de Gorki, y hasta de Joyce, después de Dostoievsky y de Galdós se pueda escribir con tal pobreza, tan pueblerinamente, bajo el pretexto de ser «vital» y «sincero»? O bien: ¿cómo tomar realmente en serio **La pipa de Kif** y la **Sonata de otoño**? El tradicionalismo de Maetzu nos parece, por lo bajo, desorbitado. ¿Y qué haremos con las improvisaciones y el comercialismo de Blasco Ibáñez, quien, quiérase o no, era uno de los del 98? No deja de haber incluso quienes opinan que en la presente sociedad de consumo, de polos de desarrollo y de turismo poco tienen que decirnos las nostalgias y los paisajes de Machado.

¿RECHAZAREMOS, pues, en bloque a la generación del 98? ¿Aceptaremos el juicio de quienes siempre han negado su valor, creyéndoles apenas rebeldes sin causa española justa, o de quienes —curiosa coincidencia—, hartos de la beata admiración en que les educaron, lo desechan todo como si el acontecer histórico fuese una cáscara que se arroja y no deja huella?



En aquella España escindida entre «tradición» y «progreso», el 98 significa un eslabón polémico, contradictorio, en la continuidad de la cultura liberal burguesa. (En la foto: Unamuno, Valle, Alvaro de Albornoz y Américo Castro.)

Machado, que, desde luego, no era profeta, pero sabía muy bien cuál era la verdadera lucha entre las dos Españas y conocía perfectamente la posición ambigua que en esa lucha ocupaban los del 98, nos hacía ya la siguiente advertencia:

«Estos jóvenes —Mairena aludía a los que hoy llamamos veteranos del 98— son, acaso, la primera generación española que no sesteja ya a la sombra de la iglesia; si os place mejor, a la sombra de la sombra de la iglesia. Son españoles españolísimos, que despiertan más o menos malhumorados al grito de "¡Sálvese quien pueda!"».

»Y ellos se salvarán, porque no carecen de pies ligeros ni de plumas recias. Pero vosotros tendréis que defender su obra del doble **Index Librorum Prohibitorum** que le espera: del eclesiástico indefectible y... del otro. Del otro también, porque frente a los que sestejan a la sombra de la iglesia están los que duermen al sol, sin miedo a la congestión cerebral, los cuales llevan también el lápiz rojo en el bolsillo».

No se trata ya de «defender» (Ma-

chado escribía en plena guerra), sino, sencillamente, de entender históricamente la contribución y las limitaciones del 98, la ambigüedad de una actitud, de una temática y de un estilo que les ha hecho ser siempre admirados desde la conciencia liberal, deseados desde alguna vertiente de Falange, rechazados antes y ahora desde la derecha tradicional y admirados antes con reservas desde una izquierda que ahora, por lo general, les rechaza sin contemplaciones. (De menos importancia, a la larga, me parece la oposición de quienes tienen superados izquierdas, derechas y centro, porque han entrado a un universo de lenguajes y estructuras desde el cual lo mismo Unamuno que Lope se les aparecen como unos pobrecitos escritores de provincia.)

Pero aun antes de intentar situar a la generación del 98 en su realidad histórica, conviene no tener miedo de afirmar la calidad de algunas de sus obras, ya que, en cierto modo, sobre esa calidad ha de sustentarse su importancia histórica. Así, hemos de recordar, por ejem-

plo, que **La voluntad**, de Azorín, es una buena novela de la crisis del subjetivismo burgués en la Europa de principios de siglo. Otro tanto puede decirse de la **Niebla** de Unamuno, novela más que comparable a **Les faux monnayeurs**, o a Pirandello, y algo más que antecedente de **La nausée**. Quedan también de Unamuno, aparte de ensayos y poemas, sus **Tres novelas ejemplares** como modelo de estudio de una sociedad opresiva en su represión de lo erótico, en su machismo y en su clasismo. La trilogía de Baroja, **La lucha por la vida**, a pesar de peculiares limitaciones ideológicas que no vienen aquí al caso, es una de las primeras y mejores novelas políticas europeas, donde por «novela política» hemos de entender no un género, sino un enfoque moderno y objetivo, desde el que se descubre que la relación dialéctica personaje-sociedad es en nuestro tiempo relación política y, concretamente, conflictiva relación de clases. Puede el lector recordar también a **Shanti Andía**, innumerables poemas de Machado o esperpentos de Valle-Inclán

y seguir con otros ejemplos de su propia cosecha.

EN esto, como en tantas otras cosas que se refieran a la España marginal y dependiente de fines y principios de siglo, hay que dejarse de patriotismos, pero hay que rechazar también el colonialismo cultural, que, dirigido desde los centros hegemónicos europeos de la época de la «gran paz» imperial, dictaba gustos, normas y cotizaciones de derechos de autor. Tonto sería pretender negar la marginalidad de España, y ha de reconocerse, por lo tanto, la marginalidad y hasta el inevitable «provincianismo» de no pocas obras del 98. Es decir, la historia de la novela, de la poesía y del pensamiento europeo de principios de siglo se hacen sin necesidad de la existencia de los escritores del 98 (lo que no ocurre a la inversa), como, por ejemplo, se hace sin España la primera guerra mundial. Pero llega un momento en que el lector culto, liberado tanto de falsos patriotismos como de dependencias culturales, debe enfrentarse con las obras de una época llevando sus conocimientos al límite de sus posibilidades, con voluntad de alcanzar valoraciones absolutas. Desde esa perspectiva «universalista» que ha de ser igualmente crítica para la cultura hegemónica que para las marginales, nos resulta claro que tanto,



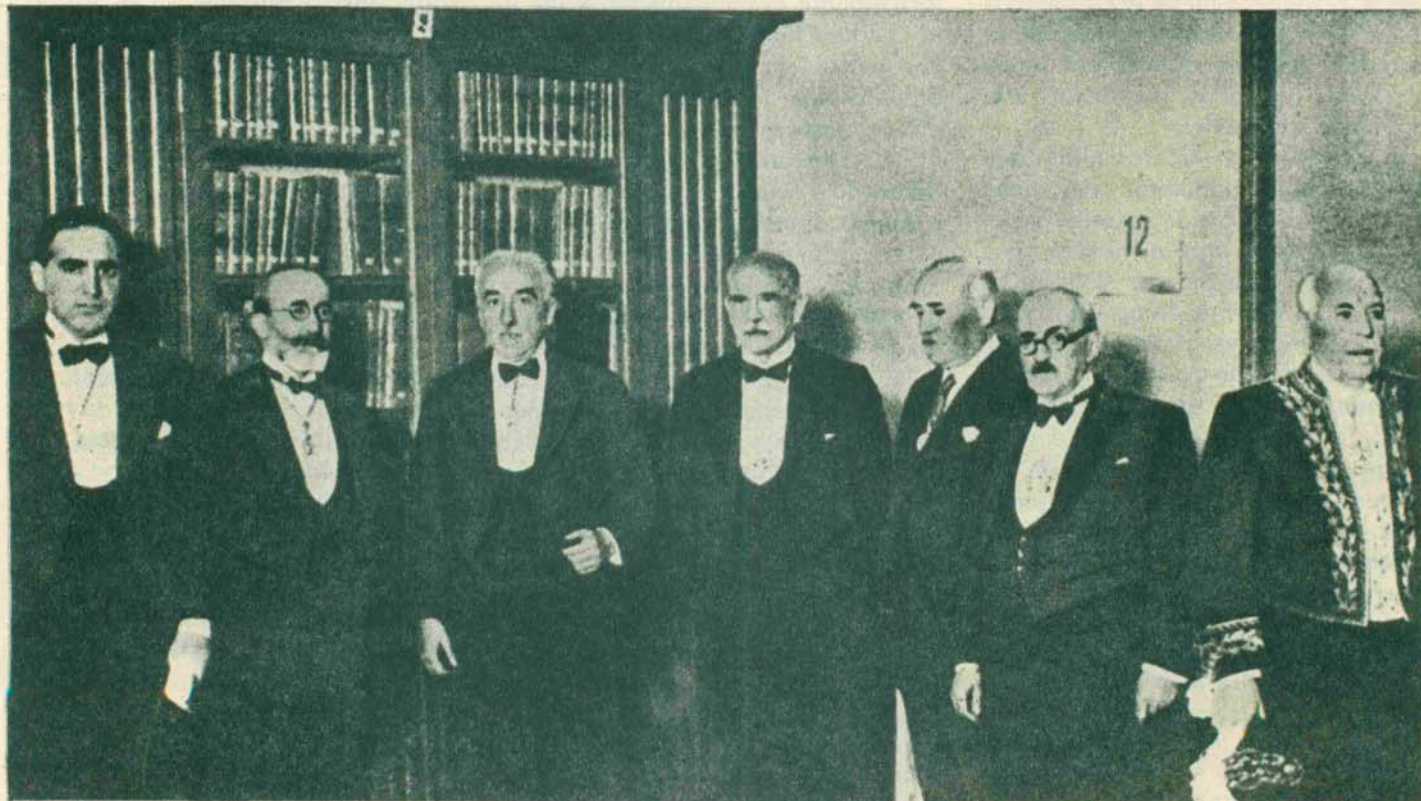
Cuando Blasco empieza a escribir, trata de la opresión en que viven el campesino y el obrero valencianos. (En la foto: Blasco Ibáñez con su esposa.)

EL 98

por lo menos, nos dicen hoy Unamuno como Bergson o Shaw, Azorín como Maeterlink, Valle-Inclán como Pirandello o D'Annunzio, etcétera. No podemos pasar por alto que la primera guerra mundial significa una ruptura violenta en la historia del pensamiento y de la estética, y que es, por lo tanto, un contrasentido andar hoy «redescubriendo» a Wilde o a Musil, o las primicias existencialistas pos-1918, que también se dan en la obra del 98 en los años veinte, mientras despreciamos olímpicamente a la generación del 98 porque no participa plenamente de la visión estética europea, en tanto que, además, se desprecia la obra del 98 por antirrevolucionaria, sin tomar en cuenta, por ejemplo, que el mundo que querían destruir Lenin y Rosa Luxemburgo (generación también «del 98») era nada menos que el del muy admirado Marcel Proust.

Claro está que lo de casa le toca a uno más de cerca, por lo que suele agudizarse la actitud crítica hasta correr el riesgo de perder toda perspectiva histórica. Porque los del 98 no son más que lo que pudieron ser en una España que, contra viento y marea, trataba de desarrollar modos de producción y de vida burguesa («a la europea», y de ahí que los del 98 tuviesen sus rachas «europeizantes»). En aquella España escindida entre «tradición» y

«La lucha por la vida» es una de las primeras y mejores novelas políticas europeas. (Baroja el día de su entrada en la Academia; junto a él: Marañón, Menéndez Pidal, Alcalá Zamora, Royo-Villanova, Cotarelo y el embajador de Cuba.)





Los del 98 no son más que lo que pudieron ser en una España que trataba de desarrollar modos de producción y de vida burguesa «a la europea». (Valle-Inclán, detenido durante la Dictadura, es visitado en prisión por su familia.)

«progreso», estructuras casi feudales y voluntad de desarrollo, poder oligarca, poder burgués y voluntad de poder obrero y campesino, la generación del 98 significa, como ya hemos indicado, un eslabón polémico, contradictorio, en la continuidad de la cultura liberal burguesa. Ortega, que para haber creído, como creía, que el hombre es historia, padecía a veces de una extraña falta de visión histórica, solía quejarse de la «discontinuidad» de la cultura española, en tanto que, claro está, se admiraba de la continuidad de la cultura europea, porque en ella no sólo se encuentran grandes genios (que en España parecen como salidos de la nada: Goya, por ejemplo), sino que, a su alrededor, tras ellos, bajo ellos, sustentándoles, encontramos a los simplemente grandes, o medianos, o pequeños continuadores y renovadores de la tradición cultural. En realidad, de lo que hablaba Ortega era de la Europa burguesa, y, si nos apuran, diríamos que, estrictamente, su «modelo» sólo podía referirse a Inglaterra o a Francia, ya que en Rusia, por ejem-

plo, como en Suecia, los saltos culturales en el vacío son notables desde el siglo XVI; en Italia hay serias rupturas entre el XVII y el XIX y en la muy admirada Alemania es notabilísimo el salto de la Edad Media a Lessing y a Goethe.

Se trata, sencillamente, de que por razones que deberían ser ya hoy bien conocidas, España se quedó al margen del desarrollo capitalista (como al margen estuvieron en su tiempo Rusia y Alemania), y después del extraordinario continuo cultural que va del siglo XV a los últimos años del barroco, viene la «ruptura», que en seguida resulta ser un esfuerzo bastante sistemático por cambiar las estructuras peninsulares y de las colonias, por liberalizar el pensamiento, por volver a la ciencia, por crear una literatura y un arte no «feudales»; esfuerzo, en suma, por incorporarse al naciente capitalismo e imperialismo europeos. Son conocidos los altibajos de aquella lucha por el desarrollo de una sociedad burguesa (primera versión moderna de la lucha entre las «dos Españas»). Para el

último tercio del siglo XIX, las fuerzas progresistas han adquirido suficiente importancia como para iniciar una ofensiva (en lo económico, en lo político, en lo cultural) que culminará en la Segunda República. En lo cultural, que es lo que aquí nos ocupa, los tenues hilos que vienen de los diversos hombres y momentos que Menéndez Pelayo calificaba de «heterodoxos» empiezan por fin a servir para tejer un pensamiento burgués progresista que se llama Ateneo de Madrid, krausismo, Institución Libre de Enseñanza... En esta historia de las ideas, los del 98 tienen su lugar justo, primero como jóvenes rebeldes (y de ello hablaremos en seguida) y, según entran a la madurez, como renovadores y portaestandartes contradictorios de la tradición liberal burguesa.

PARA entender ese papel que desempeñaron, importa mucho fundir y confundir sus nombres, según, en efecto, aparecen generalmente confundidos, con los de los krausistas e institucionistas, con los de los positivistas (algunos de ellos ex krausistas), con la escuela científica de Cajal y con los que les siguen: Ortega, el Centro de Estudios Históricos y la generación del 27. Porque así, como un bloque, como un encuentro de generaciones, como continuidad y renovación conflictiva, pero armoniosa, se llegó a vivir la modernización cultural de España llegados los años veinte y treinta. Excepto tal vez Machado, ninguno de los del 98 llegó a la intimidad de sus mayores, pero mantuvieron inteligentes relaciones con ellos; Baroja y Unamuno llegaron a despreciar la ciencia, pero seguían atentos a la labor de Cajal; Unamuno y Machado no entendían la poesía «de ideas» de los jóvenes del 27, pero la respetaban; los del 27 habían superado no pocas cosas de sus mayores, pero no atacaban violentamente; unos y otros relegaban a Galdós a su siglo, pero aceptaban su labor, aunque fuese a regañadientes, y si algunos tenían serias dudas con respecto a Ortega, o al pesimismo antirracionalista de Unamuno, o al escepticismo de Baroja, o al «socialismo de guante blanco» de los institucionistas, las más de las veces callaban públicamente.

¿Recíprocas hipocresías? Sería padecer de ceguera histórica pensar así de un largo y sostenido esfuerzo de modernización, que en lo político, por ejemplo, iba a desembocar, con todas las contradicciones posibles, en un frente popular. Se trata más bien, según recordaba en pági-

nas espléndidas Moreno Villa, de una natural alianza de fuerzas progresistas, cuyo optimismo cultural y político, no por ingenuo ni por contrario al pesimismo de los del 98 (permanente en unos, ocasional en otros), puede dejar de parecerse históricamente significativo. Debería bastar para entenderlo poder imaginar la vitalidad de una vida cultural en la que, en un mismo momento, existen Unamuno, Alberti, Buñuel, Machado, Baroja, Dalí, Cajal, Guillén, Ortega, Falla, Menéndez Pidal, Juan Ramón, Picasso, Azorín, Gómez de la Serna, Valle-Inclán, y hasta Miguel Hernández...

LA guerra civil, desde luego, revelará una escisión tal vez mayor de lo sospechado entre la generación como tal y los demás (de ahí que Machado escribiera lo que hemos citado), y revela, además, divisiones bastante claras entre algunos de la misma generación. Debido todo ello a que, ya muertos Blasco y Valle, sólo Maeztu y Machado, desde bandos contrarios, parecen decididos a seguir una línea política clara. Pero es que para cuando llega la guerra, con la posible excepción de Machado, que era el más joven, los del 98, inmersos en el pesimismo, han cumplido ya con su papel histórico, papel que fue el de continuadores y renovadores, de agitadores, de contradictoria vanguardia de una burguesía ascendente, sin la existencia de la cual no habría «problema de España» ninguno que plantearse.

Queda, sin embargo, por decir que los del 98 tuvieron en sus principios voluntad y posibilidades de ser la primera generación española de intelectuales progresistas antiburgueses.

Cuando empiezan a escribir (mucho antes del «Desastre», pero en parte a lo largo de la guerra de Cuba) sus artículos periodísticos (Unamuno, Azorín, Blasco, Maeztu) y sus novelas (Blasco) no tratan en lo fundamental ni de la «decadencia» de España, ni de la importancia de «europeizarse», ni de la necesidad de alcanzar libertades democráticas, ni de reformas universitarias, ni de filosofía alemana, asuntos todos característicos de la polémica entre la vanguardia krausista-institucionista y los defensores de la «tradición». De lo que tratan en sus escritos, por ejemplo, es del caos y la miseria que resultan de la feroz acumulación de capitales en la España de fin de siglo, o de la guerra de Cuba como guerra capitalista-imperialista (Unamuno), de la opresión en que

viven el campesino y el obrero valencianos (Blasco), de la deshumanización, violencia y opresión que trae consigo el capitalismo (Azorín), de la necesidad de transformar estructuras económicas y mentales para que entre España al mundo del

EL 98

capitalismo agresivo, que acentúa la lucha de clases, de donde se pasará al socialismo (Maeztu).

Es decir, de lo que tratan los del 98 en sus primeras obras (las grandes excepciones son Ganivet y el joven Machado) es de la lucha de clases, y aparte de Baroja, que trata magistralmente el asunto en *La lucha por la vida*, pero no parece haberse comprometido mucho personalmente, toman partido en esa lucha dedicando sus plumas a la propaganda de la causa del «proletariado militante». Unamuno fue marxista, miembro del partido socialista, y dedicó todos sus esfuerzos durante varios años a escribir para *La lucha de clases*, de Bilbao; Azorín (o mejor, el joven Martínez Ruiz) se declaró anarquista, y escribió no sólo para periódicos republicanos de izquierda, sino para la prensa libertaria; Blasco Ibáñez fue federalista intransigente, con grandes simpatías por el anarquismo, y Maeztu fue socialista durante muchos años.

Antes de llegar a ser «Azorín», el joven Martínez Ruiz se declaró anarquista y escribió para periódicos republicanos de izquierda y para la prensa libertaria.

Así, no pueden ya extrañarnos aquellas palabras de Clarín —que no entendíamos bien antes de redescubrir esta faceta de la generación del 98— en las que se queja de que los nuevos jóvenes de talento dedican un interés excesivo a la «cuestión social», cuando había tanto por hacer en el arte, la literatura y la filosofía. En efecto, cuando las fuerzas tradicionales, fuertes todavía en el poder, y la nueva burguesía, tras desamortizaciones, revolución del 54, del 68 y Primera República, luchan al nivel político «parlamentario» y al nivel ideológico de la educación y los valores culturales, he aquí que una nueva promoción de jóvenes de talento entra en la historia de las ideas no como hubieran querido sus mayores (o como quiere todavía creerse), con una rebeldía subjetiva e iconoclasta, «típica de la juventud», sino con el lenguaje y los conceptos de quienes ya, por lo menos desde la Cantanoda, se desentendían de cuestiones de república o monarquía y de polémicas sobre cultura, para declarar que las tan traídas y llevadas «dos Españas» no eran la «tradicional» y la «burguesa», que al fin habían de aliarse, sino la de los explotadores y la de los explotados. En un país en que el pensamiento revolucionario, con las raras excepciones de un Garrido, un joven Pi y Margall o un Jaime Vera, lo venían expresando casi exclusivamente las organizaciones proletarias, el que una vanguardia culta pequeño-burguesa pretendiese traicionar a su clase era para sorprender no sólo a Clarín, sino a todos los que significaban algo en el mun-





Maeztu comenzó escribiendo de la necesidad de transformar estructuras para que España entrara en el capitalismo agresivo y pasara luego al socialismo. (En la foto, con García Mansilla, Larreta, Alvarez Quintero y Millán Astray.)

do de la cultura de fin de siglo.

¿QUIENES eran aquellos rebeldes que o no habían ido a la Universidad o habían pasado por ella sin ser «descubiertos» por los clarividentes protectores del talento, uno de los cuales, Unamuno, llegaba a ser catedrático de griego, teniendo inclinaciones socialistas, y otro, Baroja, era un médico mediocre que acabaría en panadero, en tanto que el de más allá, levantisco levantino, llegaba a Madrid con cartas de recomendación no para gentes de respeto, sino para un periodista revoltoso? Es de notar —y presento aquí nada más que una hipótesis de trabajo para futuras investigaciones— que los jóvenes que luego serían conocidos como generación del 98 no sólo proceden de la periferia (Galicia, País Vasco, Levante, Andalucía), según se ha explicado ya sobradamente, sino que por su origen pequeño-burgués quedaban en principio excluidos del bando tradicionalista y eran, a la vez, extraños a la gran familia cultural progresista. La notable excepción es Machado, que nace en el seno de esa gran familia y que no trata de la «cuestión social» en su primera época. Por su origen, parece ser también excepción Gánivet, quien

sin ser tradicionalista fue conservador siempre. Los demás, inclusive el «hidalgo» Valle-Inclán, son social y culturalmente pequeño-burgueses, que entran al mundo privilegiado de la vida intelectual por abajo, al margen tanto de las direcciones de la derecha como del mundo selecto de aquellos a quienes el padre Jobit ha llamado «los educadores de la España contemporánea».

Sospechamos que la vanguardia intelectual de la burguesía progresista debió plantearse pronto el problema de cómo incorporar a sus filas a aquellos jóvenes para que se alejasen de mítines y periódicos proletarios, de la compañía de los Anselmo Lorenzo, Federico Urales o Valentín Hernández, así como de las lecturas peligrosas de Bakunin, Marx y Kropotkin. Porque por su talento, por la cultura que cada uno a su modo iba adquiriendo y, a fin de cuentas, por su origen, eran eminentemente asimilables. Y, a la larga, fueron «recuperados». Aunque, según sabemos, no se plegaron casi nunca a consignas y no dejaron de dar guerra a los unos y a los otros. Con lo cual, en esporádicas excursiones políticas, desde el escepticismo o desde la angustia, trajeron a las letras españolas la visión subjetivista del intelectual moderno ena-

jenado que se debate entre el desprecio por el pragmatismo burgués y el miedo al racionalismo y a formas colectivas de existencia. Eslabón necesario, aunque contradictorio, de un difícil avance de España hacia la modernidad.

Eso en cuanto generación a la que hemos de acercarnos históricamente. Lo que no excluye que pensemos que muchas de sus obras y algunos de los miembros de la generación carezcan de una verdadera dimensión creadora. Así, quien esto escribe opina que, aparte de la importancia histórica de su obra, Maeztu ya no existe; que de Blasco y Baroja quedarán dos o tres novelas y de Azorín algunas páginas para antologías escolares, pero que habrá bastante Unamuno, Machado y Valle-Inclán por mucho tiempo. Si al ver así disminuido el número de obras y autores del 98 alguien siente complejos frente al Mercado Común, consuéllese pensando que no mucho más (y ya es bastante) queda de la misma época en Francia, Italia, Bélgica, Alemania o Inglaterra. Por lo que respecta a la izquierda supercrítica, ¿qué decir sino que está todavía por resolver qué es lo que tal vez se salve o deba salvarse de la tradición cultural burguesa?

■ C. B. A.